

# Diversidad sociocultural y alternativa civilizatoria: sobre algunas relaciones entre Antropología y Utopía

Esteban Krotz

(Universidad Autónoma de Yucatán,  
Mérida/México)

A primera vista tiene que parecer “fuera de lugar” ocuparse al inicio de un congreso científico de algo que suele ser considerado con cierta razón como completamente opuesto a la ciencia.<sup>1</sup> Porque una disciplina científica pretende dar cuenta de un determinado campo de la realidad, de lo que es y cómo es y por qué, mientras que la utopía, según el significado corriente, precisamente evade la realidad mediante la especulación y la fantasía. Los científicos son realistas y sus enunciados siempre son confrontados con la realidad sensible de este mundo, mientras que quienes cultivan el sueño utópico, se ocupan de lo imaginado, de algo que no tiene que ver con la vida real, andan en “otro mundo”. Incluso cuando se está dispuesto a admitir que algunos textos utópicos describen situaciones simpáticas o deseables, éstas parecen casi siempre irrealizables y, en todo caso, se trata de algo que pertenece al mundo de los valores y, por ende, de la política, pero no al mundo de los hechos y, por tanto, del conocimiento.

Desde luego, la utopía ha tenido —y sigue teniendo— que ver con la política (como también con el arte, la religión y otras esferas de la realidad sociocultural). También es obvio que ciertos resultados de la investigación antropológica pueden ser utilizados para tramar una estrategia de acción. Pero aquí voy a dejar fuera estos aspectos (el primero trataría de la dimensión utópica de determinados fenómenos socioculturales, o sea, de fenómenos empíricos que se pueden estudiar con el instrumental cognitivo de

la antropología; el segundo estaría al margen de la antropología como proceso cognitivo, ya que se trata de algo que se hace a partir de resultados de la investigación en función de determinados intereses particulares que dependen de opciones que, en última instancia, trascienden la ciencia). O sea, mi atención no se dirige hacia la política, hacia las opciones político-sociales posibles o reales de determinados miembros de la comunidad antropológica, sino hacia lo que la comunidad antropológica hace en cuanto generadora de conocimientos. Mi intención es demostrar que hablar de utopía no significa necesariamente estar “fuera” de la antropología. Al contrario, ésta se encuentra —se encontraba, se podría encontrar nuevamente— en su centro como proceso cognitivo, como proceso de generación de cierto tipo de conocimiento sobre la sociedad.

Mi trabajo consiste de **cuatro partes**, que tienen cierto carácter de esbozo.<sup>2</sup> Primero recordaré cómo en los inicios conocidos de la larguísima historia del contacto entre los pueblos, la antropología y la utopía en el sentido actual apenas se distinguían. Después mostraré con un caso clave que la utopía puede ser entendida como un tipo de análisis antropológico.<sup>3</sup> Luego haré referencia al proceso de disociación entre antropología científica y tradición utópica. Finalmente trataré de abogar por la recuperación de la dimensión utópica de la antropología actual y por el reconocimiento, a causa de ella, del carácter esencialmente subversivo de nuestra disciplina.

Antes de empezar tengo que sintetizar todavía qué es lo que entiendo por **antropología**, porque, como sabemos, casi hay tantas definiciones de nuestra disciplina como practicantes de ella. Para mí, la antropología es una de las ciencias sociales que emergen y se establecen a finales del siglo XIX como disciplinas científicas, distinguiéndose entre sí no tanto por los campos fenoménicos de que se ocupan, sino ante todo por la perspectiva desde la cual estudian la sociedad. La perspectiva particular de la antropología es la perspectiva de la **alteridad**: una categoría nacida de la **experiencia del contacto cultural**, o sea, de la experiencia de la existencia de otra cultura, de otras culturas. De ella nace lo que llamo “la pregunta antropológica”, que es la pregunta por las características de las otras culturas (lo que lleva, de un modo a otro, siempre a cuestionar la propia), por alcance y profundidad de las diferencias y semejanzas, por sus orígenes, causas y transformaciones, por las interrelaciones entre las distintas culturas, por el curso de la humanidad como una y diversa a la vez.<sup>4</sup>

Planteado así, es obvio que el caldo de cultivo de la antropología es muchísimo más antiguo que los apenas dos siglos de vida de nuestra disciplina, o sea, la antropología precientífica ha sido mucho más extendida que la científica.<sup>5</sup> Esto nos lleva a nuestro primer punto.

## Contactos entre pueblos: hechos y sueños

Solamente disponemos de testimonios indirectos sobre la formulación de la pregunta antropológica durante la mayor parte de la historia de nuestra especie. Pero es llamativo que en los primeros textos conservados de la Grecia antigua que tratan del contacto cultural, se encuentra mezclado de manera inseparable lo que hoy llamaríamos “hechos” con lo que llamaríamos “imaginación”. Lo que se narra acerca de seres humanos en otras partes del mundo, lo que se afirma haber visto y lo que es transmitido después como verdad de generación en generación, se halla fundido con expectativas de toda índole, con miedos y anhelos, con estereotipos, esquemas cosmológicos y con la tradición mítica. Basten como ejemplos muchas de las citas que reunió en su afán por demostrar la existencia de una etapa evolutiva matriarcal J. J. Bachofen a mediados del siglo XIX. Más cercanos nos son, en términos cronológicos y geográfico-culturales, los relatos de europeos de su descubrimiento y exploración de América, donde no cabe duda de que existen por acá amazonas y gigantes, sirenas y caníbales, ciudades de oro e incluso las puertas del Jardín del Edén... Y todavía a fines del siglo XVIII observa el famoso acompañante de Cook y von Humboldt, Georg Forster, que el que un viajero busque demasiado afanosamente algo determinado, puede tener como resultado que finalmente lo encuentre, donde en realidad no hay nada de eso; un poco más tarde se convierte en uno de los autores de su tiempo más leído Julio Verne, cuyos libros versan tanto sobre viajeros “reales” como sobre quienes hicieron viajes al fondo del mar, al centro de la tierra o La Luna... Y entonces como hoy, la experiencia personal de o la narración sobre la sociedad diferente provocaba temor, desprecio o asco, pero también era percibida como atractiva, agradable y bella, incluso más acorde con los ideales perennes de orden, justicia y vida buena que la sociedad propia.

También podría decirse que existía con relación a otros mundos, una especie de **afanzamiento mutuo** entre dos elementos: el sueño utópico y el interés por el conocimiento.

Por una parte estaba el sueño utópico que se convertía una y otra vez en impulso para emprender viajes de exploración o para emigrar hacia mundos nuevos. Es el sueño basado en una convicción, que se puede encontrar en todas las sociedades y todos los tiempos, y que no se extingue a pesar de todos los fracasos, errores, traiciones y el cansancio. Es la convicción de que en alguna parte *debe* existir un lugar, *el lugar*, donde la vida no es sufrimiento, frustración, carga absurda y mero sobrevivir. El lugar, donde la vida es realmente buena y humana para todos. No cuesta mucho reírse de los cuentos, las canciones, las imágenes y las leyendas del País de Jauja, de El Dorado, del Paraíso Perdido y de muchos otros ingredientes de la cultura popular de aquel y de otros tiempos, pero ¿es realmente tan difícil no reconocer en todo esto los gemidos de esperanza de quienes no tienen asegurado el pan de hoy y menos el de mañana; de quienes ven a diario que el único elemento que da satisfacción, poder y seguridad para sí mismos y los suyos, es el metal áureo; de los sin nombre ni importancia para nadie que ya no saben en quién apoyarse en la lucha cotidiana por la sobrevivencia? No estoy diciendo que éstas y las demás representaciones de la *vida buena* —lo que incluye siempre también la *buena vida*— estén libres de ambigüedades y contradicciones o que sean modelos viables; solamente estoy afirmando que se trata de manifestaciones de la protesta popular contra el desorden existente, contra la injusticia reinante, contra el sinsentido impuesto y, al mismo tiempo, de su certeza de que va a haber no una leve mejoría, un respiro momentáneo, sino un cambio radical. Como éste parece a veces tan lejano en la sociedad propia, el sueño utópico se convierte en un importante motivo para emprender el viaje hacia otra parte, buscando Ofir, la Atlántida, las Puertas del Paraíso, la isla Utopía o la Ciudad del Sol... y como es sabido, hubo en siglos pasados mapas, donde efectivamente aparecían este tipo de lugares: se debatía seriamente sobre su ubicación y se emprendieron expediciones para encontrarlos.

A su vez, la información traída por viajeros y soldados, marineros y comerciantes, después también por periodistas y artistas acerca de lugares con seres humanos, costumbres, instituciones sociales y cosmovisiones tan distintas de todo lo conocido —reportes, hay que repetirlo, siempre teñidos de influencias provenientes de características personales y de la cultura de la que provenían los narradores—, se convirtió en una potente fuerza para impulsar el sueño utópico. Porque si era cierto

que el mundo era habitado por gentes tan extrañas, ¿por qué negar de antemano la veracidad de noticias como aquella, que refería a principios del siglo XVI un tal Rafael Hitlodeo de la isla Utopía, donde afirmaba haber encontrado la sociedad ideal?

## La utopía como análisis socioantropológico

Y es precisamente este texto (*Utopía*), que ha dado el nombre a la corriente de pensamiento y acción y que demuestra en cada una de sus páginas qué tan lejos está en principio la utopía de la simple imaginación, de la pura fantasía, de la arbitrariedad del autor o del lenguaje. Nada más hay que abrir el libro, para darse cuenta de que si bien menciona el viaje de Hitlodeo, de hecho, todo su primer capítulo no trata de la isla lejana en los mares del sur, sino de la Inglaterra de Tomás Moro, y, en particular, de su difícil situación social y política, de la desigualdad, de la injusticia y del desamparo de las víctimas del “progreso” de entonces. Pero para el nacimiento de las ciencias sociales y la antropología como ciencia faltaban todavía dos siglos y medio y por tanto, el trabajo de Moro no se asemeja para nada a un tratado sociocientífico moderno. Sin embargo, con algo de conocimiento etnológico e histórico resulta fácil reconocer, cómo se trata de un auténtico análisis sociocultural, que busca identificar ciertas **situaciones** sociales como **efectos** de ciertas **causas sociales**, lo que es visto entonces como hoy como paso imprescindible para poder intervenir en esta realidad. Esto empieza con que quienes viven en la isla Utopía una vida armónica y basada en igualdad y respeto mutuo y en el trabajo de todos por el bien común, no son seres de otra especie, ni deben su orden social y sus admirables costumbres a una revelación divina particular y menos a factores ambientales específicos. Es decir, anticipándose a las reglas durkheimianas, la esfera social es comprendida y explicada aquí en términos de ésta misma esfera social. Esto lo ilustra bien el ejemplo del oro, que es durante muchos siglos símbolo y síntesis de riqueza y de poder en Europa y motivo de migraciones y guerras, sufrimiento y muerte de tantos, especialmente en América. Pero como este metal es utilizado en la isla Utopía únicamente para fabricar bacinicas y esposas para los delincuentes, no existe allá la fiebre de oro y a nadie se le ocurre matar por obtenerlo. Como la organización de la producción y de la distribución asegura que todos tengan lo necesario

para vivir cómodamente, no hace falta conquistarse individualmente y a costa de otros algo que le garantice a uno la subsistencia de ahora y para el futuro; asimismo, como cada quien ocupa un lugar igualmente importante para el conjunto, nadie necesita afianzar su personalidad a costa de denigrar a los demás.

Estamos, pues, ante gente que *es distinta*, porque *tiene otra sociedad*, porque ha optado por otro orden social. Uno podría decir también: no es que la isla Utopía sea una imaginación y la isla Inglaterra la real. Utopía parece Inglaterra al revés, pero lo es, porque el orden social de Inglaterra está de cabeza. El orden de la isla Utopía podría hacerse realidad también en Inglaterra: Utopía es una alternativa real. Como se ve, se trata aquí de un claro caso de análisis, donde la comparación de la sociedad propia con otra, cuya situación corresponde al más profundo anhelo de libertad y vida plena para todos, es el camino para entender el por qué de la situación tan insatisfactoria para la mayoría de la población inglesa de aquel tiempo, para revelar las relaciones causa-efecto que la explican y, al mismo tiempo, poder indicar elementos necesarios para quien quiera cambiarla de raíz.

## La exclusión de la utopía

Sin embargo, cuando la antropología se estableció como disciplina científica, se concibió a la manera comtiana como un tipo de conocimiento totalmente novedoso, diferente de todos los hasta entonces existentes. En su afán por romper con la teología y la filosofía, también se alejó, al menos de modo programático, de diversas maneras, anteriores o todavía en boga, de tratar la alteridad cultural, tales como el pensamiento romántico y de la ilustración y, especialmente, la utopía; a partir de entonces, tales maneras de acercarse a la realidad sociocultural podían ser consideradas, en el mejor de los casos, sólo como precientíficas<sup>6</sup> o, en el peor, como pura especulación sin base en la realidad observable. Es sabido que este nuevo saber “positivo” se convirtió en pocas décadas en el conocimiento certero por antonomasia en la civilización noratlántica e inauguró una época de crecimiento del conocimiento humano que no tiene parangón en la historia de nuestra especie. Sólo hace muy poco han surgido dudas profundas sobre los posibles costos y limitaciones por principio del conocimiento científico como tal, aunque muchas veces éstas se han ocupado más que nada de la tecnología basada en él.

Una buena demostración de la diferencia entre la Antropología científica “positiva” y lo que hubiera podido ser una de carácter utópico se puede hacer con respecto a uno de los logros mayores y definitivos de la disciplina naciente: su modelo evolutivo. La versión de este paradigma que finalmente se volvió dominante en el tratamiento de la alteridad sociocultural, significó un acercamiento a las sociedades y culturas no-noratlánticas, no-estatales, no-urbanas, no-industriales, no-capitalistas, no-científicas, no-monetizadas, etc. precisamente en términos negativos; o sea, el esquema comparativo-evolutivo se formuló en términos de lo que a aquellas les faltaba para ser como éstas.<sup>7</sup> Otra opción, la de tipo utópico, se vislumbra al considerar el texto moreano arriba comentado; en esta línea se hubiera partido de la positividad en principio de los otros y cuestionar, a partir de la comparación, la sociedad de la que provenían los antropólogos. Más allá de esta simple dicotomía, como veremos en seguida, esto hubiera podido dar pie para entender de modo diferente el curso de la evolución (o, como entonces también se decía sin distinción, del progreso) universal de la humanidad.

Debe quedar claro que no estoy haciendo una crítica extemporánea de los antropólogos fundadores de nuestra disciplina por no haber incluido en su análisis de la manera señalada sus propias sociedades parciales.<sup>8</sup> De lo que se trata aquí es de recuperar algo que entonces tal vez “tuvo” que quedar fuera, algo, cuya exclusión fue uno de los precios que tal vez se tuvo que pagar para poder iniciar la, en muchos aspectos, altamente exitosa historia de la Antropología científica; no se trata aquí del intento de regresar a una etapa definitivamente pasada, sino de fertilizar una Antropología que, según opiniones muy frecuentemente escuchadas, está en “crisis”,<sup>9</sup> mediante el redescubrimiento de una de sus raíces más importantes.

## **El potencial subversivo de la Antropología**

Ha sido costumbre, durante varios lustros, distinguir al interior de las comunidades antropológicas de muchos países latinoamericanos dos sectores, los antropólogos involucrados en movimientos y acciones políticas y sociales y los que se han limitado a la práctica académica o profesional de la disciplina; parece que a la par de la despolitización de la institución universitaria en todas partes, desde hace algún

tiempo, los segundos están creciendo en número. Los primeros, en la medida en que se entendían o trabajaban efectivamente como antropólogos,<sup>10</sup> a menudo trataban de utilizar ciertos datos etnográficos, conceptos teóricos o análisis antropológicos como legitimación de determinadas estrategias políticas.

Por las razones inicialmente expuestas, no trato aquí de estas cuestiones, porque se refieren al posible uso o no de resultados de la pesquisa antropológica en función de intereses políticos individuales o de grupo. En cambio, sigo tratando de la Antropología como instrumento cognitivo como tal, cuando afirmo la presencia de una dimensión utópica en su seno, que es la causa de su potencial esencialmente subversivo.

Esta dimensión, que no depende de la opción de determinados antropólogos como individuos o como grupo, es la razón más profunda de las fuertes reacciones que tantas veces provocan (más allá de la forma en que puedan ser expuestas y hasta cierto grado independientemente de su grado de verdad) los hechos etnográficos que presentamos y los modelos analíticos o interpretativos que elaboramos a partir de ellos. Despiertan atracción, simpatía, interés, deseos, pero también causan irritación, repulsión, defensa y rechazo. En todo caso impulsan la crítica, en el sentido más original de la palabra: ayudan a ver más claro.

Y esto es así, en primer lugar, porque documentar la diversidad cultural pasada y actual, la generada durante muchos miles de años por los antecesores de quienes conocemos hoy como pueblos indígenas —y en buena parte reproducida por ellos hasta la actualidad—, la que emerge en el seno de las sociedades modernas llamadas con cierta razón “plurales”, la que se produce a causa de la interacción creciente de los pueblos, las regiones y los grupos sociales a escala mundial, se convierten en exigencia de **justificación racional de cualquier forma de vida social**, pero ante todo de la sociedad (parcial) de la que proceden y hacia la cual hablan las antropólogas y los antropólogos. Inevitablemente, ante cualquier de estos tres tipos de culturas diferentes, surge la pregunta: ¿por qué tal norma, tal institución, tal mandato, tal prohibición, que se suelen ver como “naturales” siempre, están como están, cuando hay muchas otras maneras de organizar la vida individual y colectiva, de entender el nacimiento y la muerte, de producir e intercambiar los satisfactores para nuestras necesidades vitales, de adornar nuestro ambiente o de normar las



relaciones entre los individuos? ¿Por qué no se puede ser, querer, tener, pensar, crear, vivir de otra manera? Obviamente, es un cuestionamiento que se dirige hacia los fundamentos mismos de la sociedad: ***aparecen alternativas que no son imaginadas, sino observadas***

Con esto no se quiere afirmar que todas las sociedades distintas de la propia sean siempre mejores que la propia, sería una afirmación evidentemente sin sentido alguno. Tampoco se quiere sostener que las sociedades que tradicionalmente han estado en el centro del trabajo antropológico y han caracterizado largamente la disciplina —las no-noratlánticas, no-estatales, no-urbanas, no-industriales, no-capitalistas, no-científicas, no-monetizadas, etc.— tengan calidades intrínsecamente paradisiacas y que sean todas buenas y justas. Lo mismo vale, claro está, para la diversidad sociocultural emergente en el seno de las sociedades modernas y en vías de modernización, a cuyo estudio cada vez más antropólogos dedican sus esfuerzos.

Lo único que aquí se alega es que no hay razón alguna para no asumir que en la mayoría de las sociedades estudiadas por la Antropología (especialmente, a causa de la amplitud del espectro de diversidad que ofrecen, las llamadas “étnicas”) no haya sueños y materializaciones sociales a todas luces equivalentes a los conocidos en nuestras propias sociedades, dirigidas a proporcionar a todos sus integrantes una vida satisfactoria e incluso buena.

Descubrir tales —podríamos llamarlos— “***destellos utópicos***” en las sociedades que estudiamos, hacerlos inteligibles como tales para otras culturas, particularmente la nuestra, sería una parte central del trabajo antropológico. Por decirlo en otras palabras: la tarea sería descifrar las expresiones y los contenidos de los sueños utópicos de culturas lejanas en el tiempo y en el espacio y los movimientos e instituciones, costumbres y normas, expectativas y ritos por ellos inspirados.

Así, los antropólogos seríamos los cronistas de las miles y miles de anticipaciones fragmentarias, inconclusas, muchas veces abortadas y hasta pervertidas del impulso utópico, de sus multifacéticas expresiones creadas en las diferentes culturas y de los múltiples bloqueos a los que se ha visto sometido el sueño de una sociedad humana que merece tal adjetivo.

## Recuperar la dimensión utópica en el conocimiento antropológico

En cierto sentido, esto sería un re-comienzo (que, sin embargo, no desecharía, sino que incluiría, aunque de modo nuevo, los notables hallazgos hechos por nuestra disciplina a lo largo de más de un siglo de existencia). Como en sus inicios, se trataría de una antropología que estudiaría con detalle los grupos humanos y sus costumbres, las lenguas y las cosmovisiones, la organización social de la vida individual y colectiva y, también de modo semejante que entonces, seguiría maravillada por la casi inconcebible diversidad sociocultural de nuestra especie y los alcances de ésta. No encontraría en ninguno de estos grupos recetas para cambiar la situación de otros, sino que haría el inventario del mosaico multicolor y multiforme, multilingüe y multidimensional de los sueños utópicos y sus materializaciones sociales, ***que confluyen en la misma dirección***, que apunta a pesar del aborto histórico de cada uno de ellos hacia la misma vida de paz y felicidad, mejor dicho: un orden social, que permite la felicidad de todos. Haría más y más visible esta tendencia universal, haría comprender mejor su dirección y, al mismo tiempo, recordaría en cada momento la magnitud del esfuerzo exigido a quienes se proponen caminar y empujar en esta dirección, porque la existencia de esta tendencia no garantiza su logro.

Así, la Antropología volvería a encontrarse con la utopía, aquella tradición de pensamiento y acción que parte de la insatisfacción con el presente, porque está convencida de que debe haber una posibilidad de organizar la convivencia de los seres humanos de tal modo que todos puedan ser libres y tener un lugar respetado. Esta utopía que es una tradición que no se limita a textos escritos, aunque se haya plasmado en obras extraordinarias. Que no puede ser fijada mediante esta o aquella imagen, siempre limitada y condicionada por la cultura de una época y de un grupo determinados, pero que tampoco puede transmitirse sin ser condensada en ciertos símbolos, a veces difícilmente comprensibles para quienes no tengan experiencia vivencial del tiempo y del grupo en cuyo seno estos símbolos y ritos se generaron. Que no puede ser identificada por completo con ningún movimiento de protesta o de transformación en particular y que sin embargo vive en muchos de ellos e incluso mantiene vivo el recuerdo de quienes fracasaron en el intento, dejando parte de la vida e incluso la vida entera en él.

Para esto nos favorece que la abrumadora mayoría de nuestros estudios se hayan realizado y sigan realizándose entre los sectores más desamparados a nivel mundial y al interior de nuestras sociedades nacionales. Esto vale más todavía para la porción “sur” de nuestro planeta (por más que tenga ya muchas islas de esta clase en su porción norte), donde se concentran las víctimas del modelo civilizatorio dominante y donde también vive la mayoría de los pueblos étnicos en calidad de conquistados, ahora llamados “indígenas”. No porque el sueño utópico conozca preferencias de clase o de color de la piel, sino porque los pobres y los olvidados, los forzados a la existencia agachada han sido siempre el caldo de cultivo principal del anhelo utópico, tal y como lo demuestra también, para nombrarlo por última vez aquí como testigo estelar, el inicio del libro de Moro.

Asumir esta perspectiva antropológica no cambiará el mundo. Esto lo harán, a fin de cuentas, aquellas ciudadanas, aquellos ciudadanos y quienes se decidan a tomar parte activa, de una forma u otra, en los procesos de transformación necesaria y urgente. Y, sin embargo, esta perspectiva antropológica tiene su potencial subversivo propio, independiente del uso que se le quiera dar de un lado o de otro, independiente incluso de los intereses de miembros particulares de la comunidad antropológica.

Hablar de la utopía en la Antropología, por consiguiente, no significa hablar de algo que le quede externo a la disciplina, no implica estar “fuera de lugar”. Todo lo contrario, hacerlo significa hallarse en el centro del estudio antropológico del ***multiverso sociocultural***. Porque nuestra disciplina demuestra, a través del examen de todas las sociedades y culturas, ***hacia dónde se abre paso el proceso del mundo***, aunque mediante anticipaciones casi siempre ambiguas y cuestionables y a pesar de reveses y desviaciones. Porque demuestra la confluencia multiforme de la misma esperanza en un mañana libre y digno para todos, donde, como dice una conocida canción, “esta tierra es de nosotros y no del que tenga más”.

## Notas

- 1 Este artículo es una versión revisada de la conferencia plenaria inaugural que con el mismo título fue presentada el 30 de mayo de 1998 en el Primer Congreso Nacional de Antropología en Mérida, que por un lamentable error, no fue incluido en la Memoria del evento.

- 2 También por esta razón reduzco al máximo las referencias bibliográficas, indicando en su lugar algunos trabajos míos, donde he abordado aspectos del tema por tratar y donde se encuentra bibliografía para quienes están más interesados en ello. Véase, por ejemplo, los libros *Utopía* (Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, México 1988) y *Alteridad cultural entre utopía y ciencia* (en preparación) y los artículos «Invitación a la utopía: en torno a utopías y anti-utopías» (en: *Nueva Antropología*, vol. XI, 1990, n. 37, págs. 129-134) y «Utopía y anti-utopía al fin del milenio (en: J. M. Valenzuela Arce, coord., *Procesos culturales de fin de milenio*, págs. 17-45. Ed. Centro Cultural Tijuana/CNCA, Tijuana 1998).
- 3 Parece pertinente mencionar aquí que me limitaré a situaciones del mundo noratlántico, en donde nació la antropología como disciplina científica.
- 4 Véase para esto también «Alteridad y pregunta antropológica» (en: *Alteridades* vol. 4, 1994, n. 8, págs. 5-11). Es una pregunta que incluye también la interrogante sobre el sentido de la diversidad cultural y de qué hacer frente a ella, pero es sabido que la ciencia moderna suele excluir explícitamente este tipo de aspectos.
- 5 Y, desde luego, sigue existiendo también hoy una antropología extracientífica-piense, especialmente en América Latina, en la literatura novelística.
- 6 Un manifiesto muy conocido de esta sustitución programática constituye el título de la obra de Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*.
- 7 No hay lugar aquí para tratar otros aspectos de esta civilización significativos para nuestro tema, por ejemplo, su androcentrismo o su dualismo.
- 9 Digo «parciales», porque es ampliamente sabido que de otros segmentos de sus propias sociedades— los campesinos, las culturas populares, las etapas históricas previas —sí se ocupaban muchos integrantes de la naciente comunidad antropológica.
- 10 Diversos acercamientos a este concepto se encuentran en el volumen colectivo *El concepto de crisis en la historiografía de las ciencias antropológicas* (Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara 1992).
- 11 Hay que recordar aquí que no pocos de ellos pregonaban la muerte de la antropología o trataban de participar en su entierro, pues la consideraban una ciencia «burguesa» que había que ser sustituida por algo diferente, por ejemplo, la economía política.

### RESUMEN

En este artículo el autor no quiere dirigir su atención hacia las opciones político-sociales posibles o reales de determinados miembros de la comunidad antropológica, sino hacia lo que esta hace, en cuanto generadora de conocimientos. Procura demostrar que hablar de “utopía” no significa estar “fuera” de la Antropología sino que, al contrario, es estar en su centro como proceso cognitivo, como proceso de generación de cierto tipo de conocimiento sobre la sociedad. Empieza por sintetizar qué es lo que entiende por “antropología” y por “utopía”, considerando que se debe recuperar la dimensión utópica en el conocimiento antropológico, perspectiva que tiene un potencial subversivo propio, dentro del “multiuniverso sociocultural” del estudio antropológico con el cual demuestra nuestra disciplina “hacia dónde se abre paso el proceso del mundo”.

**PALABRAS CLAVES:** utopía, Antropología, proceso cognitivo.

### ABSTRACT

In this article the author does not want to direct his attention towards the possible or real political-social options of certain members of the anthropological community, but towards what this community does as a generator of knowledge. He tries to prove that when one speaks of “Utopia” it does not mean that one is “outside” Anthropology, on the contrary, one is in its center as a cognoscitive process, as a process of generating a certain type of knowledge about society. The author begins to synthesize what he understands by “Anthropology” and by “utopia”, considering that the utopic dimension in anthropological knowledge must be recuperated. This view has its one subversive potential in the “social and cultural multiuniverse” of the anthropological studies, with which our discipline proves “in which direction the world process is heading towards”.

**KEY WORDS:** utopia, Anthropology, cognitive process.



**Casa de tipo indígena. Lugar: Gavidia, Mucuchíes,  
Estado Mérida. Foto: Lino Meneses**